UN ENCUENTRO INESPERADO

Cuando el amor toca a tu puerta y confronta tu verdad…

Abraham Cabrera

UN ENCUENTRO INESPERADO

Cuando el amor toca a tu puerta y confronta tu verdad

Abraham Cabrera

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Primera edición, noviembre de 2021
© Abraham Cabrera, 2021

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-18844-76-8
IBIC: FF

A mi amada Rachel.
Gracias por estar conmigo. Tú eres la mujer más bella de este mundo y te amo con todo mi corazón. Agradezco a Dios por traerte a mi vida. Eres mi bella Rachel, la dueña de mi corazón, eres y serás mi inspiración hasta siempre. Te amaré con todas mis fuerzas cada día de mi vida, eres mi complemento perfecto, nunca te soltaré de mi mano.
Te amaré hoy y siempre…Sebastián Aragón...tu escritor.

INTRODUCCIÓN

Que el amor debería ser más puro; ella me dijo un día... Sus palabras hicieron temblar lo más profundo de mi corazón. Supe inmediatamente a que se refería, sus palabras estaban llenas de verdad, súplica y dolor. En mi cabeza, aquella frase calaba punzantes grietas en todo mí ser. Mi corazón estaba cautivamente conmovido. Su corazón gritaba en silencio la necesidad de ser amada, de ser sentida, de ser tocada. En su angustia reflejaba la sublime pureza de su amor.

Estaba llena de pasión y nobleza. Sus ojos brillaban cual lucero, únicos en su fulgor a la hora de su entregar su amor. Tantas emociones encontradas me hicieron reflexionar. No pude evitar mis lágrimas contener al presenciar tal honestidad del corazón de una mujer clamando por amar y ser amada.

Me invadió el miedo, no lo pude rechazar. Mi alma debilitada no lograba apaciguar aquel caudal de emociones tan profundas que usurpaban mi pensar. Mi cuerpo fue atrapado por escalofríos intermitentes que aprisionaban todo en mí. Desgarrado allá en lo profundo de mis secretos quise llorar, tan solo llorar…

Cada célula en mi banal cuerpo, me obligaba dulcemente al roce de su piel poder sentir, disfrutar y temblar al unísono con su cuerpo. Sucumbí al fin, ante aquella piedad que me poseyó y derrumbó sutilmente con vehemencia todo en mi interior.

Es verdad… el amor debe ser más puro; entendió mi corazón. Me decidí por amar y dejarme llevar.

Aprendí que el amor debe hacerte vibrar. Me permití perderme en sus sublimes intenciones y en sus miradas cautivantes. Me llené de calor, de sinceridad, sucumbí ante todos sus detalles. La conquista del amor se convirtió en mi mayor anhelo y necesidad, me atrapó su fidelidad, su compasión, su paciencia, su honestidad… El amor, me dijo ella al oído; es capaz de soportar las más grandes pruebas, cuando es amor de verdad. El amor no engaña, no miente y siempre dice la verdad aunque duela y rasgue lo más profundo de nuestro ser… Le susurré:

—Te amo y te amaré de mil formas distintas, te besaré hoy y siempre como la primera vez, gritaré al viento te amo, te amo y que lo escuche el mundo entero. Despertaré contigo y al fin mi agonía será olvidada. Enamorarme de ti a diario será mi mayor anhelo, mi mayor alegría… tú me enseñaste a ser un mejor hombre, aún con mis faltas y mis errores, tú me enseñaste a amar sin vacilar… me enseñaste a ser uno solo contigo, me enseñaste; que el amor debería ser más puro… ella me dijo un día…

CAPÍTULO 1

Rachel Brown es una bella mujer de treinta y dos años. Es una exitosa ejecutiva en una de las mejores agencias de publicidad en San Francisco, California. Es una mujer visionaria, noble, carismática y llena de bondad. De cabellera rubia y resplandeciente como el sol; que baja un poco más allá de sus hombros tocando su espalda, radiantes ojos azules, de nariz pequeña y perfilada, labios delicados, sensuales y carnosos. De muy buena figura, siempre ha cuidado su alimentación y disfruta mucho ir al gimnasio cada vez que su trabajo se lo permite. Es amante del buen vino. Desde muy joven ha visitado con sus padres los viñedos y cavas del Valle de Napa, de ahí su buen gusto por los tintos y blancos. Ama la buena música; Beethoven, Chopin, Chaikovski, Wagner entre otros; así como la música romántica. La lectura es un pasatiempo que disfruta los fines de semana, sentada en su cómodo sofá con diseño antiguo de piel frente al calor de la chimenea. Actualmente mantiene una relación sentimental con el doctor Justin Reeves. Vive en un bello residencial en el Condado de Santa Clara, a una hora de distancia del centro de la ciudad.

Los primeros rayos de sol iluminaban y anunciaban la llegada de un nuevo día. Sus colores tenues y fuertes sobre las altas montañas lucían un inmejorable cuadro pintado por el más grande y único pintor. La temporada de lluvias acompañadas de mucho frío estaba en su mejor

momento. Sin embargo, el mes de febrero estaba por despedirse, el clima era ideal para compartir una deliciosa taza de chocolate caliente y unas galletas de vainilla con motas de chocolate. Era viernes y como todos los días, Rachel se levantó a las seis a. m. Como de costumbre hizo un poco bicicleta antes de ir a la ducha. Luego de ducharse, preparó su desayuno habitual con frutas, yogurt, avena o cereal bajo en grasas y jugo de naranja. El café lo dejaba para el camino. Antes de llegar al trabajo acostumbraba detenerse en la misma cafetería todos los días, era un hábito que adoptó desde que inició a trabajar en Innova Image. Un cappuccino grande con canela sobre la espuma. Era su bebida favorita para empezar el día de trabajo con mucho entusiasmo.

Rachel había estado esperando con ansias este día toda la semana, era un día muy importante para ella y para la agencia. Después de desayunar tomó su maletín y caminó a la cochera. Eran las siete treinta a.m., cuando subió a su auto y condujo camino a su trabajo. Tenía varias reuniones importantes con unos clientes de Texas. La meta era cerrar estos contratos que hacía meses venía negociando.

Vive en una casa que compró hace varios años con el esfuerzo de su trabajo. Es una vivienda muy espaciosa, tiene tres habitaciones, con ventanales que miran hacia las montañas, una gran sala con cielos de madera y una chimenea que antoja con su calor, disfrutar de un buen vino. Una gran cocina que invita a crear, donde cualquiera querría convertirse en un afamado chef; luce un gran sobre de granito color beige con motas cafés y negras. Gabinetes confeccionados a mano en madera de cedro con acabados de primera calidad y de color caoba; aún se puede percibir el aroma a cedro recién terminado. Una oficina donde se inspira y planea siempre las mejores estrategias para su trabajo. Su habitación con todas las comodidades que se puedan imaginar o desear. Es como un santuario para ella. Íntimo y privado.

En su habitación se encuentra un juego de sillones estilo clásico muy confortables tapizados en cuero color café donde disfruta de buenas películas; comedias románticas, drama y también films con historias

basadas en la vida real. Rachel es una mujer muy romántica y apasionada. Además, la casa tiene un jardín grande con mucha zona verde y una piscina donde disfruta nadar todas las noches antes de dormir, le encanta hacerlo para relajarse antes de ir a la cama. Después de un día agotador; es un calmante maravilloso. Es una mujer muy emprendedora, visionaria, llena de sueños y proyectos. Sobre todo muy convincente y honesta cuando se trata de negocios. No se conforma con un no como respuesta y siempre acude a sus talentos y experiencia para poder cerrar grandes negocios. Gracias a su esfuerzo y compromiso con la agencia es muy querida y respetada por su jefe, el señor Harrison y demás compañeros. La base más importante en su vida, siempre ha sido su fe en Dios. Desde pequeña sus padres le inculcaron buenos principios cristianos y morales, sobre todo, el temor de Dios. Un buen hábito en ella, siempre ha sido poner en sus manos todos sus proyectos y planes de vida y trabajo. Aunque hace algún tiempo que no ha podido visitar la iglesia, su compromiso con el trabajo la ha alejado un poco.

Camino a su trabajo escuchaba las noticias en la radio. El meteorólogo anunciaba una gran tormenta que se avecinaba para esa tarde y posiblemente para todo el fin de semana. Rachel escuchaba los pronósticos y sonreía, y mirando hacia afuera, observaba el cielo azul que aún no mostraba señales de nubes, mucho menos de lluvia. Exclamó en voz alta:

—Hoy me siento feliiiz, soy una mujer exitosa y estoy enamorada del hombre perfecto. Gracias Dios mío por ser tan bueno conmigo.

Luego de escuchar las noticias del tiempo, decidió cambiar la emisora, algo de música romántica era la mejor elección.

Aceleró un poco más su vehículo, tenía que reunirse con clientes importantes a primera hora y debía llegar antes que ellos para ultimar todos los detalles de la presentación y preparar los contratos. Aún le quedaban unos veinte minutos para llegar a su oficina.

Entrando a la ciudad, se estacionó rápidamente frente a la cafetería de costumbre para pedir su cappuccino con canela, tal y como lo hacía

todos los días. Luego de pedirlo, bebió un poco y sin darse cuenta, su labio superior quedó llenó de espuma. Un caballero que estaba sentado en una de las mesas cercanas a la ventana, la observaba detenidamente desde que ella ingresó a la cafetería, rápidamente se puso de pie y se apresuró a limpiarle el labio con una servilleta. Muy sorprendida por el gesto tan atento e inesperado de aquel caballero, y a la vez avergonzada y sonrojada, tímidamente le agradeció el detalle tan gentil con una sonrisa.

—Gracias señor, qué amable —dijo Rachel sonrojada.

—Con mucho gusto señorita, no podía permitir que saliera así a la calle —respondió el caballero, sonriendo.

—Tengo que irme, tengo prisa, gracias. —Rachel sonriendo con timidez no podía creer lo que había pasado, sentía vergüenza y a la vez una extraña sensación en el estómago al sentir la mirada profunda de aquel caballero que tan gentilmente había limpiado sus labios—. Adiós, gracias…—agregó Rachel caminando con prisa.

—Adiós, ¿señorita? Me llamo…

Rachel salió de la cafetería dejando con las palabras en la boca a quien la había sorprendido con tal bonito gesto. Y sin decir una sola palabra prosiguió su camino, sonriéndole con timidez. Este caballero tan solo pudo sonreír y con la palabra en la boca, únicamente pudo observar cómo se alejaba poco a poco del lugar.

Camino a su oficina, Rachel se detuvo en el semáforo que cambió a rojo muy cerca de ella, miró hacia la derecha y al mismo tiempo que tomaba otro trago de café, observó a un indigente algo mayor, con ropas viejas y sucias, con el pelo largo y barba desaliñados sosteniendo un cartel que decía: NO LO OLVIDES, TOMA TODO LO BUENO DE TODO LO MALO. Rachel lo leyó en voz alta unas tres veces y un poco extrañada al repetir la frase, pensó y pensó en ella, tratando de entender lo que significaban aquellas contradictorias palabras escritas en el cartel que sostenía aquel pobre hombre. No le encontraba sentido a aquella frase, pensaba en lo ilógico de cada palabra, viniendo de ese infeliz sujeto. Al

instante, el semáforo cambió a verde y las bocinas de los vehículos la hicieron brincar del asiento, sonrió y continuó su camino.

—Ok, ok, yo también estoy con prisa —dijo sonriendo después.

En algún lugar de la ciudad, se encontraba Sebastián Aragón, es un hombre de treinta y cinco años. Sebastián es un inmigrante hispano. Él como muchos, ha viajado a Estados Unidos en busca de hacer realidad sus sueños en el país de las grandes oportunidades. Desde muy joven ha soñado en convertirse en unos de los mejores y más reconocidos escritores. Ha escrito muchos poemas de amor, de experiencias de vida y ahora tiene varias novelas que planea publicar con el sueño de algún día llevarlos a la pantalla grande. Sueña con el día en que un productor de cine adquiera una de sus novelas y la adapte para una película. Locura para muchos, visionario para otros.

A sus treinta y cinco años carga sobre sus hombros un gran compromiso consigo mismo de lograr todo lo que ha venido planeando durante toda su vida y sobre todo, en los últimos años. Le apasiona escribir y ahora la ambición de convertirse en parte de esa industria que le ha fascinado desde su niñez lo motiva mucho más. Hace un poco más de tres meses que llegó a San Francisco. Ha pasado los últimos tres meses viajando de un lugar a otro en busca de alguna oportunidad de trabajo que le pueda ayudar a sostenerse y desarrollar todos sus proyectos o al menos para mantenerse mientras encuentra a la persona correcta que pueda darle una oportunidad. No ha tenido mucha suerte hasta ahora. Recuerda las palabras de muchos que han venido a intentarlo y se han dado por vencidos. Un poco cansado, con hambre; acompañado del desaliento que brota por sus poros a causa de estos días tan difíciles que le ha tocado vivir. Sin embargo esta tarde Sebastián tiene una oportunidad más, asistirá a una entrevista de trabajo a las cuatro treinta p.m.

En medio de toda su frustración, a mediodía debe desocupar la habitación donde ha estado hospedado por los últimos quince días. Hasta ahora ha agotado los últimos dólares que le quedaban. Un problema más que se suma a los que ya trata de resolver, ¿dónde se quedará está

noche y las siguientes? Por el momento se encuentra en la ciudad buscando otras opciones de trabajo, tal vez en busca de una taza de café con algún sándwich.

En su angustia y preocupación por la falta de dinero, sus ojos tenían algo de brillo y esperanza por la entrevista de la tarde. No dejaba de pensar que en las próximas horas, tenía que ir al hotel a sacar sus pertenencias.

El tiempo pasa y sin darse cuenta son las once treinta a.m. Después de haber sacado sus cosas de la habitación caminó a la recepción a entregar la llave. Minutos más tarde, caminaba despacio y pensaba en toda la aventura que le esperaba, entonces, se dirigió hasta la próxima parada de autobús. Se ha vestido con lo mejor que carga en su maleta. Un saco azul con leves rayas grises, camisa azul claro, pantalón beige y zapatillas color café. Es un hombre atractivo, de estatura promedio, su cabello liso de color castaño claro y un poco largo, ojos verdes y de buen parecer.

Han pasado casi cuatro horas desde que Sebastián dejó el hotel, caminó y caminó por las calles de la ciudad distrayéndose en cualquier cosa que llamara su atención, esperando que el tiempo avanzara.

Necesitaba trabajar para equilibrarse un poco y así dar continuidad a sus proyectos personales. Camino a la entrevista, tenía que caminar un poco más, unas cinco cuadras más para llegar al lugar; un poco nervioso y ansioso por el posible trabajo. Pensaba en lo grandioso que sería conseguir este trabajo. Si de algo está seguro Sebastián, era de su talento para escribir y su fe en Dios y en sí mismo que le han acompañado en toda esta aventura que apenas empieza. Cree profundamente que Dios irá poniendo a las personas adecuadas en el momento preciso para dar cumplimiento a sus sueños.

En uno de los mejores hospitales de la ciudad se encuentra el doctor Justin Reeves de treinta y nueve años; es muy respetado por su gran desempeño en el área de la Oncología. Justin es un exitoso y muy atractivo oncólogo. Sin embargo es un hombre muy orgulloso y arrogante,

su profesión y posición han hecho que su ego crezca más de lo usual. Es el director del departamento de Oncología. Y ha sido por los últimos dos años el hombre que ha mantenido ilusionada a Rachel.

Ese mismo viernes después de la hora de almuerzo, Justin llamó por teléfono a Rachel y la invitó a cenar en el restaurante donde han compartido en muchas ocasiones. Es uno de los mejores restaurantes italianos de la ciudad. Tiene que hablar de un asunto muy importante para ellos dos. Es un asunto que Justin ha estado analizando hace varios días y cree que es el momento ideal para que Rachel lo sepa. Muy emocionada aceptó la invitación y acordaron verse en dicho restaurante a las ocho p.m.

Él es un hombre amante de la buena música, el buen vino y el golf. Lo practica cada fin de semana, siempre y cuando su trabajo se lo permite, aunque últimamente ha estado muy ocupado en el hospital. Nunca se ha casado al igual que Rachel. Sin embargo parece que sus prioridades han empezado a cambiar por cosas del destino y del corazón. El ha estado pensando mucho en una chica llamada Mary Ivanova, de treinta años de edad, que conoció en el hospital. La madre de Mary estuvo padeciendo de cáncer de mama por los últimos seis meses y fue el doctor Justin precisamente quien estuvo a cargo de su atención. Por tal razón, Mary ha estado muy agradecida y embelesada con el doctor Reeves, tanto así que comenzó a verlo con ojos de admiración y un poco más que solo eso. La atracción ha sido mutua desde que se conocieron. El agradecimiento por la sanidad de su madre es inmenso.

Aunque Justin quiso y trató de evitar sentir lo mismo por Mary, no pudo controlar su deseos locos de dejarse cautivar por la mirada penetrante y la sonrisa encantadora de Mary. Ella es veterinaria y dueña de una tienda de mascotas. Además le encantan los deportes extremos y emocionantes; motivo por el cual, él se siente más atraído por ella.

En su oficina Rachel, estaba muy ansiosa y emocionada por la reunión que tuvo temprano con los clientes de Texas, y ahora mucho más por la invitación tan inesperada de Justin para esa noche. Ella anhelaba

que al fin él le hiciera la pregunta que tanto había esperado por los últimos meses. A sus treinta y dos años la ilusión del matrimonio perfecto, la ceremonia, la recepción, la luna de miel, los regalos la ilusionaban como a toda mujer enamorada. Todos esos detalles invadían su corazón y emociones como nunca antes, imaginarse luciendo su anillo de compromiso era su gran anhelo.

Muy apresurada y emocionada se alistó para salir de la oficina, tenía que llegar a su casa lo antes posible para cambiarse y lucir más bella que nunca para la ocasión tan especial que se acercaba. Se despidió aprisa de su asistente Amy. Ella, además de ser su fiel asistente por los últimos años, también era su mejor amiga. Ese día Rachel, irradiaba una gran felicidad que nadie había visto. La mañana había sido una de las mejores después de haber concretado varios negocios millonarios. Su emoción era más que evidente y la llamada de su novio, era el mejor complemento, el día no podría ser mejor.

Por la tarde y como cada viernes todo se complicaba en las calles, decenas de personas salían de sus trabajos, otros entraban a las tiendas de moda haciendo compras, los vehículos parecían aumentarse en número más que cualquier otro día de la semana, iban y venían por todos lados, era un completo caos. La tarde en su agite avanzaba; eran casi las cuatro treinta p.m. y la lluvia, parecía no detenerse más. El viento había empezado a soplar un poco más fuerte de lo normal, se podían sentir las primeras gotas de la tormenta anunciada por las noticias durante la mañana. Muchos corrían desesperados para llegar a su casa, a su vehículo, a tomar el tren, llegar pronto a sus hogares. El fin de semana tan esperado por muchos, un descanso muy bien merecido.

Una joven pareja que se encontraba en las afueras del edificio donde trabajaba Rachel, decidió aprovechar las primeras gotas de lluvia para demostrarse su gran amor con un apasionado y largo beso. Ella caminando muy a prisa salió del edificio. Admirada y sonriente observó a la joven pareja que muy enamorados regalaban a los transeúntes una escena muy romántica y apasionada. Continuó caminando apresurada

y observando con atención a la enamorada pareja. De pronto sin darse cuenta, tropezó con fuerza con un caballero que venía caminando justo frente a ella, cayendo al suelo con el trasero, el caballero, muy atento y preocupado, se apresuró a extenderle sus manos para ayudarla a levantarse.

—Señorita discúlpeme, permítame ayudarle, ¿se siente bien, se lastimó? —le dijo, extendiendo la mano para ayudarla a levantarse.

—Estoy bien, estoy bien, qué vergüenza, discúlpeme, no lo vi, venía muy distraída, discúlpeme usted a mí—respondió muy apenada y sonrojada.

—Está bien, no se preocupe, yo también venía distraído leyendo una dirección.

Por segundos permanecieron mirándose fijamente a los ojos. Un silencio vuelto cómplice detuvo todo a su alrededor, ambos compartían el mismo sentimiento que la atracción había provocado en ellos. Al verse frente a frente, sus miradas les recordaban su curioso encuentro ese mismo día por la mañana.

—Señorita, ¿gusta un vaso de agua o una taza de café?, podemos ir a la cafetería que está aquí cerca, tal vez una taza de café sin espuma sea lo mejor. —El hombre sonrió mientras sostenía sus manos y observaba con detenimiento su bello rostro aún tembloroso y asustado por la caída.

—Nooo, no… quiero decir, no puedo, muchas gracias de verdad… pero… es que voy con prisa, tengo un compromiso, pero le agradezco… Usted es el… mismo de esta mañana ¿verdad?… disculpe tengo que irme.

Rachel seguía sonrojada y con sus manos sostenidas por él, entre dientes, le dijo:

— ¿Eres el de la cafetería verdad? —Rachel sonrió coquetamente—. Sin espuma, pero otro día. Tengo que irme, adiós, gracias por tu amabilidad—respondió agitada.

—Con mucho gusto, otro día será… —Él hablaba y en el fondo estaba muy emocionado por aquel encuentro.

Él sonrió de nuevo y apretó sus manos. Rachel observó su reloj y dándose cuenta que aún tenían las manos entrelazadas se despidió sonrojada, y apresurada continuó su camino hacia el parqueo, él emocionado permaneció inmóvil observando como ella se alejaba poco a poco. Y mirando al suelo, observó los lentes de Rachel, estaban tirados en la acera, los levantó y rápidamente corrió hacia ella llamándola.

—Señorita, señorita…

Dándose vuelta, lo miró corriendo hacia ella y sin entender el porqué, se detuvo sonriendo y lo espero.

—Señorita…—agitado por la carrera exhalaba—. Olvidó sus lentes, permítame…

—Mis lentes, claro…que distraída… muchas gracias.

Rachel extendió la mano para recibir sus lentes, sin embargo él se los puso rápidamente; ella sorprendida, suspiró por el detalle y de nuevo agradeció al misterioso caballero por el gesto tan amable, tomó sus manos y apretándolas con fuerza se despidió nuevamente regalándole una gran sonrisa. Algo en su interior había sido inquietado. Los dos habían experimentado un cosquilleo inusual, cada vez que sus miradas se cruzaban.

Increíblemente una vez más, no hubo suficiente tiempo para preguntar sus nombres, la emoción y la prisa del momento no lo permitieron. Él recordó el breve instante que compartieron durante la mañana, cuando limpió la espuma de su boca, y ahora que nuevamente el destino los reunía, su sonrisa era más grande junto con la intriga. Pasmado una vez más, observó cómo ella, se alejaba de él sin haber podido decirle nada más. En su cabeza había quedado grabada la frase: «Sin espuma, pero otro día». La frase le daba vueltas en la cabeza, pues no pudo preguntarle siquiera su nombre y menos su número de teléfono, tal vez el destino los sorprendería una vez más.

CAPÍTULO 2

En estos dos años de noviazgo con Justin, nunca han vivido en la misma casa. Fue uno de los acuerdos que hicieron para crear una ilusión perfecta antes y después del matrimonio. Procuran verse siempre y cuando sus trabajos y ocupaciones se los permite, este último día de San Valentín, por más que trataron de sacar tiempo para verse, les fue imposible como muchas veces anteriores. Probablemente esto sea un buen pretexto para alguien que busca cambiar su futuro.

Sebastián, luego de asistir a la entrevista de trabajo, caminó sin rumbo y con el ánimo un poco decaído. La entrevista no había resultado como él pensó. Un poco triste y desanimado ha caminado varios minutos, tal vez varios kilómetros sin darse cuenta, no deseaba subirse en ningún autobús, solo deseaba caminar y pensar. Los minutos se convirtieron en horas. Luego de tanto caminar sin rumbo, se detuvo en las afueras de la ciudad cansado y sediento. Decidió sentarse en una parada de autobús que encontró sobre la carretera. Observaba con asombro los vehículos que pasaban y pasaban a prisa, cada quien buscaba refugio ante las amenazas de la fuerte tormenta, que poco a poco iba adueñándose de la noche, la fuerza de sus vientos y el congelante frío lo castigaban y traspasaban con cada gota que golpeaba su cansado rostro. El cielo poco a poco se había cubierto totalmente de nubes grises y oscuras augurando fuertes aguaceros. Parecía que las nubes bailaban

al compás de la música que los vientos ejecutaban con tal precisión y perfección, para dar inicio a un sublime concierto que solo el mismo Dios era capaz de dirigir, enamorando a su creación.

Unos minutos después, Sebastián comenzó a sucumbir ante el frío que le recorría y congelaba todo su cuerpo. Era increíble pensar que aún no se había subido en ningún autobús. No tenía idea de que hacer, o hacia dónde dirigirse, nunca se había sentido tan confundido y desesperado. No tenía un lugar donde quedarse a dormir. En su estómago yacía apenas una pequeña hamburguesa, una soda y el café de la mañana que compró con el poco dinero que aún le quedaba en sus bolsillos. Su rostro estaba lleno de preocupación, tristeza, y hambre. Entonces, recordaba y añoraba todo lo que había dejado en su país natal. En casa de sus viejos, nunca pasó hambre. Nunca le faltó el techo, nunca le faltó una cama y abrigo. Aún en las dificultades económicas de la familia, nunca había experimentado, lo que esa tarde estaba viviendo a miles de kilómetros de su hogar.

No ha tenido suerte en varias entrevistas de trabajo a las que ha asistido. En los meses anteriores, se ha ganado algunos dólares con trabajos pequeños que le han permitido mantenerse hasta ahora. Sin embargo, la impaciencia empezaba a adueñarse de sus emociones, pensamientos y deseos. Pensaba que sería mejor volver a su hogar, al lado de sus familiares. Muchos sentimientos encontrados giraban alrededor de su cabeza. Revivió muchos momentos de su truncado matrimonio. Recorrían su cabeza imágenes del momento de su separación y divorcio. Siempre creyó en un matrimonio para toda la vida al igual que el de sus padres, quienes han sido hasta el día de hoy, un claro ejemplo de una unión llena de amor, perdón y superación aún en las más duras pruebas.

Respiró profundamente y levantó su vista al oscuro cielo. La lluvia era incesante, se podía palpar con mayor intensidad cada gota que caía por doquier. Detenidamente observaba el mover de las nubes, las hojas y ramas de los árboles que caían y que parecían bailar al compás del viento que las llevaba de un lugar a otro. Grandes y constantes gotas